

discurso sea lo mas perfecto posible. Hablarémos pues en el presente capitulo: primero, del modo con que debe prepararse el orador para sus composiciones; segundo, de la eleccion del asunto; tercero, de la concepcion del plan y aplicacion de texto; cuarto, de la progresion del plan en el sentido de la idea; quinto, de la progresion del plan en el sentido del estilo; sexto, de la progresion del plan en el sentido de la mocion; sétimo, de la progresion del plan en cuanto á la economía artística de la composicion.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL MODO CON QUE DEBE PREPARARSE EL ORADOR PARA SUS COMPOSICIONES.

No basta tener buenos conocimientos, ser enviado y poseer talentos oratorios para desempeñar dignamente un ministerio tan santo en cada uno de los casos ocurrentes; es necesario que el orador, en vista del caso que se le ofrezca, se detenga un tanto á fin de proporcionar á él sus conocimientos y sus talentos. Esta actuacion particular de un predicador para cada uno de sus discursos es lo que se llama preparacion próxima. Cierto es que algunas veces el sumo recargo de trabajo, la falta de tiempo, la escasez de cooperadores y las necesidades del pueblo fiel no permiten al ministro de la palabra esta preparacion tan indispensable; y él entónces colocado en la triste pero inevitable alternativa de no decir nada ó decir como de improviso, se decide por su mision, por su deber, por su zelo en el segundo sentido, queriendo mas bien hablar sin preparacion, que privar á los pueblos del pasto espiritual de la predicacion católica. En este caso su conducta es digna no solamente de excusa, sino de alabanza, y la falta de preparacion, que no consiste en él, será ventajosamente reemplazada con la abundancia copiosísima de gracias que Dios ofrece comunicar al zelo apostólico de sus ministros. Pero fuera de los casos de una verdadera necesidad, es en alto grado reprehensible la falta de preparacion inmediata en el predicador.

En efecto, varias razones concurren á demostrar la necesidad suma que el predicador tiene de prepararse: porque esta omision importa una irreverencia para con la palabra divina, compromete el Santo ministerio, priva de su magestad al ejercicio de la mision apostólica, infiere cierta especie de ofensa al auditorio; y por último, atrae sobre el pre-

dicador mismo el anatema divino pronunciado contra los que son negligentes en el ejercicio de su ministerio. ¿Porqué lo primero? Porque prescindir de la preparacion es colocar la palabra de Dios en el rango de los objetos mas fáciles, mas triviales y ménos importantes que ocupan al hombre. ¿Porqué lo segundo? Porque en estas improvisaciones corren mucho peligro la delicadeza del dogma, la santa aplicacion de la moral, el buen éxito de una predicacion perfectamente adecuada al carácter y á las necesidades diversas del auditorio. ¿Porqué lo tercero? Porque en un predicador que improvisa, aparecen de inferior condicion Dios y el Evangelio, que en un embajador su soberano y sus negocios. Este todo lo piensa, todo lo calcula, todo procura preverlo: toma todos sus informes, acecha las coyunturas, espía las oportunidades, estudia las circunstancias y se va con mucho tiento para no perderlo todo por alguna indiscrecion ó cualquiera otra falta. Aquel al contrario, prescindiendo de toda preparacion, parece que ni respeta al Dios que le envia, ni da la mayor importancia al grande asunto para que ha sido enviado. ¿Porqué lo cuarto? Porque el auditorio tiene derecho á la mejor predicacion que pueda darle su respectivo ministro; derecho que nace de la institucion misma, hecha, como se ha visto ya, en favor de todo el género humano: este derecho le ha concedido Dios, fijando la obligacion en el sacerdote. Ir pues de improviso, pudiendo ir preparado, es defraudar al auditorio de los bienes que de otra suerte reportaría. ¿Porqué lo quinto? Porque el Espíritu Santo dijo por la boca de Jeremias: "Maldito aquel que hace negligentemente la obra de Dios."

Conclúyese de lo dicho, que el sacerdote debe prepararse con la debida anticipacion, á fin de escoger el asunto mas oportuno, mas propio y adecuado para la edificacion de los fieles, y en consecuencia, está en el caso de privarse durante su preparacion de todo pasatiempo, distraccion, &c. que sirva de obstáculo al cumplimiento de este deber.

Establecida la necesidad de la preparacion, debemos tratar de las diferentes maneras con que puede verificarse. Estas regularmente son seis: primera, escribir, aprender y recitar íntegramente el sermón; segunda, escribirlo y estudiarlo todo sustancialmente sin fijarse en las palabras; tercera, escribir sumariamente todo reservándose únicamente la explanacion; cuarta, limitarse á formar el esqueleto, que contiene el plan, la proposicion, la division, la indicacion de las principales pruebas; quinta, no escribir, sino solo reflexionar un poco ántes de hablar. Sobre estos puntos no pueden

darse reglas generales, porque estos métodos son siempre relativos al talento, instruccion, facilidad, memoria y otros hábitos del orador. Cada uno, acomodándose á sus facultades, á su tiempo, á la necesidad &c. &c. puede y debe escoger aquel método de preparacion que juzgue mas conforme al objeto y proporcionado al fin de la predicacion. Unicamente advertiremos que el modo último no puede ser bajo ningun aspecto preferible, sino en casos de estrecha necesidad: la improvisacion rigurosa dará bellos rasgos, producirá fuertes conmociones, ilustrará &c. &c.; pero raras veces, por no decir nunca, dará una pieza acabada.

Los que quieran mayor amplitud sobre esta materia pueden consultar á M. Hamon en su obra ya citada, libro primero, parte segunda, capítulo segundo, artículo primero, § segundo.

CAPÍTULO SEGUNDO.

ELECCION DEL ASUNTO.

Despues de haberse fecundado el predicador en el estudio preparatorio, debe proceder á elegir un asunto que reuna todas las condiciones necesarias para que la predicacion sea instructiva, grata y edificante. Una misma materia puede contener muchos asuntos: no debe pues identificarse la materia objeto de la preparacion, con el asunto ú objeto del discurso. Para elegir un asunto adecuado, se requieren tres condiciones: conocimiento de la materia, conocimiento del auditorio, y disposiciones para predicar acomodando la materia al auditorio. Los dogmas, la moral, los ejemplos, las explicaciones del Evangelio, &c. &c. son comunes á todos, porque son para todos; pero es necesario adaptarlos á las necesidades de cada uno. Es necesario hablar de suerte que cada uno de los oyentes diga entre sí "esto habla íntimamente á mi corazon." He aqui cómo una materia comun puede tomar un carácter particular por la propia, exacta y oportuna eleccion del asunto. Veamos pues las reglas mas útiles que suelen dar los autores á este propósito.

PRIMERA. Debe elegirse un asunto apropiado al auditorio en todo sentido: porque sin este requisito el sermón será un trabajo estéril. Predicar contra el lujo en una aldea, contra la embriaguez y disipacion en un monasterio, contra la usura en un auditorio de literatos, &c. &c., es siempre predicar, pero predicar fuera de camino. Hablar de las

reglas monásticas, de los goces espirituales, de las delicias de la vida contemplativa al comun del pueblo, es predicar, pero predicar fuera de camino. A primera vista parece excusada esta regla, porque se palpa desde luego su evidencia; pero el caso es que por falta de ella se inutilizan muchos sermones; porque sin ir tan á los extremos, puede faltarle á ella de mil maneras, y de hecho se falta con demasiada frecuencia.

SEGUNDA. Debe escogerse un asunto amplio y circunscrito: lo primero para que no esterilice al orador sujetándole á límites demasiado estrechos; y lo segundo, para que no sea una vaga declamacion, y por lo mismo estéril para el auditorio. Estos asuntos intermediarios, de simple pormenor que no abrazan el asunto sino á fuerza de sutilezas; esos asuntos frívolos que alhagando de pronto con una idea brillante, parece que huyen cuando se les quiere profundizar, y aun casi desaparecen; esos asuntos caprichosos que no son para la multitud ni aun para el orador, pues que no le permiten sino pinturas pasajeras, conceptillos é ingeniosidades; esos asuntos filosóficos tan extraños á la religion como á la elocuencia, mas dignos del Pórtico ó del Liceo que de la cátedra evangélica, que presentan al orador cristiano como una especie de cosmopolita oratorio; en fin, esos asuntos que se creen nuevos y sorprendentes, y no son sino estudiados y estériles, deben proibirse, como observa Maury, de la cátedra cristiana.

TERCERA. El orador ha menester, no solo de profundizar sus conocimientos, sino de ensayar el carácter dominante de su genio, y calcular el poder de sus facultades sobre los diferentes objetos del raciocinio, la imaginacion y el sentimiento, con el objeto de acomodarse bien en su asunto, digámoslo así, á fin de no quedar sumergido en él, dominado por él, ó aislado en él mismo.

CUARTA. Para los auditorios comunes debe elegir asuntos simples, accesibles á todos, y servirse de pruebas que estén al alcance comun, de razones fáciles de entender, de comparaciones familiares y de ejemplos sensibles.

QUINTA. Para los auditorios escogidos debe escoger asuntos mas exquisitos, debe huir de la vulgaridad, es decir, de lo que no llame la atencion, por muy sabido, entre gentes notablemente instruidas.

SEXTA. Para auditorios excepcionales debe decidirse tambien por asuntos excepcionales, ó para mejor decir, debe acomodar perfectamente los dogmas, la moral, y aun el estilo en su asunto, al estado, profesion, carácter &c., de cierta clase de auditorios.

SÉTIMA. Cuando habla en un auditorio mixto, como sucede siempre que se predica en Iglesias de religiosas, le es necesario elegir uno de aquellos asuntos que reúnan y atraigan por igual así la atención como el interés moral de cuantos le componen.

Por último, concluiremos con una advertencia, hoy más necesaria que nunca. En la elección de los asuntos debe el predicador huir cuidadosamente de dos extremos que por diferentes caminos tienen según las circunstancias graves inconvenientes. Estos extremos son: el exclusivismo, y el favoritismo de la filosofía en el discurso. Ni proscribirla de suerte que se malogre la oportunidad de vencer al siglo con sus propias armas; ni preferirla de suerte que se les olvide al predicador y al auditorio que en la cátedra cristiana debe resonar tan solo la palabra divina; que el orador es ministro y no autor de lo que habla; que la fe y el dogma tienen una soberanía, la moral una inmutabilidad absoluta, y todo una misión instituida. Es necesario que el predicador, aun cuando se sirva de la filosofía, haga entender que ella entra de un modo subalterno, como una especie de modificación, entra dando testimonio á la palabra divina, entra sujetándose á la fe y á la moral sin réplica y sin pretensiones; pero lo es igualmente que el auditorio entienda que la filosofía está vencida en cuanto se opone al dogma, bien así como ennoblecida, honrada, fecundada, divinizada en cierto modo cuando se conserva en el santo vasallaje del cielo. Estas observaciones pueden formar un principio fundamental de criterio para examinar con buen éxito las formas que algunos predicadores modernos han dado á sus discursos, como el Padre Lacordaire en Francia, el Padre Ventura en Italia, y algunos otros.

CAPÍTULO TERCERO.

DE LA CONCEPCION DEL PLAN Y APLICACION DEL TEXTO.

Hemos hablado en el capítulo precedente de la elección del asunto; réstanos ahora tratar de la concepción y formación del plan. Entiéndese por plan de un discurso la economía de todas sus partes y su disposición propia para tratar el asunto de una manera conforme al objeto y fin de la predicación. Es tan indispensable un plan, como lo es para el viajero el punto de partida, el camino y el término conocido. Es necesario poseer la economía del pensamiento,

y poseerla de una manera clara y distinta, distribuir todas las ideas según el orden de su importancia ó de su filiación, y para decirlo en una palabra, tener en la mente bien formado el esqueleto que ha de recibir después el colorido, la forma y animación de la elocuencia. Para la formación de un buen plan hai ciertas reglas reducidas sustancialmente á una, que puede considerarse como la expresión compendiosa de las cualidades que aquel debe tener; y es la siguiente: *Que sea exacto, preciso, simple, fecundo y uno.*

La exactitud consiste en abrazar el asunto todo y solo, esto es, abrazarle en su totalidad sin traspasar sus límites, ni omitir cosa sustancial, ni mezclar ideas extrañas á él.

Consiste la precisión en disponer todas las partes del asunto de la manera más propia para dominar su conjunto, percibir sus relaciones y manejar con suficiencia toda su economía.

La simplicidad consiste en reducir á un corto número de pensamientos capitales todo el discurso, de manera que con solo ellos sea fácil de percibir su total desarrollo.

Consiste la fecundidad en la suficiencia del asunto para el talento del orador. Un plan fecundo le brinda desde luego con un número inagotable de pruebas, reflexiones, pensamientos, cuadros, &c. &c., de manera que baste un talento mediano para hacer un discurso interesante.

Consiste la unidad en la subordinación de todas sus partes á un pensamiento principal, de manera que todas veigan á servirle de prueba, de amplificación, &c. &c., porque sin esta subordinación tan indispensable se distraen igualmente el talento del orador y la atención del auditorio.

Tales son sustancialmente las reglas que dan los autores sobre la concepción del plan. En cuanto á la elección del texto, es preciso que sea natural, propia y adecuada; es natural cuando se presenta como por sí mismo á la atención del auditorio; es propio cuando tiene relaciones directas con el asunto, y es adecuado cuando parece comprender en sí la totalidad del asunto. A veces el plan sale del texto mismo, y cuando tal sucede sin faltarse á las reglas indicadas es una ocasión feliz para el orador y para el auditorio. Pero como no es fácil que ocurran con frecuencia textos de esta clase, lo mejor es abstenerse del empeño de sacar precisamente de un texto de la santa Escritura todo el plan del discurso.

CAPÍTULO CUARTO.

PROGRESION DEL PLAN EN EL SENTIDO DE LA IDEA.

No basta concebir un plan con todas las cualidades que requiere, para llamarle perfecto, el arte oratorio. Es necesario además desenvolver este plan bajo todos los aspectos de la elocuencia. Estos aspectos son: primero, la prueba que tiende al convencimiento; segundo, la forma que tiende á su agrado; tercero el sentimiento que tiende á la moción y persuasión. Un plan todo sustancia en su desarrollo traeria las ventajas de la solidez; pero incapaz de agradar ni de persuadir, porque para uno y otro no bastan las pruebas y argumentos, dejaria de corresponder á su objeto: una progresion de pura imaginativa ó solo sentimiento produciria el embeleso de la sorpresa ó la conmocion pasajera de un golpe inesperado; pero por falta de pruebas y razones seria del todo estéril para el auditorio. Deben concurrir las tres cosas, y por lo mismo hemos hecho de cada una de ellas un capítulo separado.

Contrayéndonos pues á lo primero, debemos advertir que el predicador ha menester de hacer concurrir la naturaleza, la instruccion y el arte para el desarrollo perfecto de su plan en el sentido de la prueba. Ya hemos dicho lo que se entiende por pruebas, cuántas son sus especies y cuáles sus principales aplicaciones. Réstanos ahora decir algo de mas peculiar al asunto, y al efecto extractaremos lo conducente de un célebre escritor.

“Nueve son las principales fuentes en que puede beber el predicador para el desarrollo de su plan. Primera, los lugares comunes de la predicacion, como la salvacion, el juicio, la eternidad, el amor de Dios, la vida, pasion y muerte de Jesucristo, los beneficios de Dios, las virtudes ó los vicios, los sacramentos, la oracion, &c., &c. Estos lugares comunes empleados con oportunidad, tino, sobriedad y gracia surten el mejor efecto. Por consiguiente, no deben intervenir sino como puntos accesorios ó subalternos de lo principal; y esto apropiados de tal suerte al asunto que parezcan como nacidos para solo él.”

“La segunda fuente consiste en los monumentos de nuestra fe, conviene á saber: la santa Escritura, los Padres, los

DEL PENS. Y SU ENUNCIACION.

287

concilios, &c., &c.” mas habiendo tratado ya de esto, no diremos nada mas á su propósito.

“La tercera fuente consiste en el conocimiento claro y distinto del asunto mismo y sus principales relaciones, como las de las causas, principios, medios, efectos, &c. &c.”

“La cuarta fuente de un buen desarrollo se tiene en las circunstancias de lugar, de tiempo, de las personas y de otros objetos que desde luego saltan á la vista del orador que estudia y medita bien su asunto.”

“La quinta fuente de un buen desarrollo se puede hallar en las comparaciones oportunas, las diferencias bien notadas, los contrastes naturalmente introducidos.” Sobre todos estos puntos se han dado ya las reglas hablando de las formas oratorias. Lo mismo respectivamente debemos decir de los ejemplos y parábolas que se citan y con razon como la sexta fuente de los medios que pueden servir para propagar las ideas; de la experiencia bien estudiada, que es la sétima fuente; de la lógica y retórica que son la octava, y del conocimiento de las costumbres en sus relaciones con el deber, que es la última fuente de un buen desarrollo.¹

CAPÍTULO QUINTO.

PROGRESION DEL PLAN EN EL SENTIDO DEL ESTILO.

Es necesario que las pruebas, no limitadas á llenar las condiciones lógicas del discurso, se revistan al paso de las formas propias de los pensamientos, esto es, de aquellas galas con que debe presentarse la idea para que la predicacion sea no solo instructiva, sino tambien agradable. Esto es lo que queremos dar á entender cuando decimos que el orador debe procurar igualmente desarrollar el plan de su discurso en el sentido del estilo.

Para esto es necesario en primer lugar, observar escrupulosamente las reglas que ya dimos acerca de las formas oratorias del pensamiento; y en segundo, emplear aquellas que mejor correspondan al carácter y objeto particular del discurso. Sin decir pues aquí nada sobre este punto, haremos algunas observaciones á propósito del estilo oratorio en general.

Hai tres especies de formas en el estilo: la monóloga, la directa y la dramática. El estilo monólogo es aquel en que el orador habla sin dirigirse á nadie, discurre como pa-

¹ Véase á Hamon en su obra citada, de la cual hemos extractado esto.